

motora entre las rocas, haciendo saltar el hielo, aquel público, se ve, se siente, pasan á su vista escenas de que está siendo actor y es infinito para ellos el interes del espectáculo.

Domina lo tremebundo y exagerado, sea en lo trágico, sea en lo grotesco: riñas, tiros, puñadas, empellones y agonías, se hacen muy á lo vivo.

Se desátan los estusiastas en silbidos furibundos, y hacen que les repitan los trozos más de su agrado, sean muertes, ó bailes, ó lo que se fuere.

En lo grotesco, sucede lo mismo: un policía que persigue á sol y sombra al protagonista, se disfraza de negro con toda perfeccion; el criado de ese personaje principal lo sospecha, y en un momento dado, le pasa por el semblante una toalla empapada y se pone de manifiesto el engaño. . . . El público pedia la repeticion, y se tiznaba y destiznaba el actor, que era un contento.

En la farsa, las payasadas me parecieron intolerables, y no muy de acuerdo con el respeto al público; pero el servicio de la escena, la parte de maquinaria, es sorprendente.

En la *Vuelta al Mundo*, que ya tengo dicho que es un embrollo dramático, sin piés ni cabeza, hay dos escenas, que con razon iba mucha gente solo por admirarlas.

Una representa el ferrocarril del Pacífico, atravesando mares de hielo entre inmensas rocas; abismos espantosos y desfiladeros que sobrecogen de terror. . . . En uno de esos puntos la máquina aulla, presa entre la nieve, los viajeros asoman las cabezas, algunos tratan de huir de una muerte inevitable, y entónces, descolgándose por entre las rocas, caen sobre los viajeros los salvajes, y se emprende encarnizada batalla de puñaladas y pistoletazos.

La otra escena representa la mar enfurecida y el célebre naufragio, que se verifica ántes que el protagonista, que no recuerdo cómo se llama, llegue al término de su viaje.

El viento arrebatada en ráfagas impetuosas la obra muerta del inmenso navío, los marinos se entregan á la maniobra con audacia inconcebible, se oyen á lo léjos los gemidos y las deprecaciones de los viajeros de la nave que se hunde.

El vaiven del buque es tremendo; destrozado, abiertos sus costados, lucha aún; pero en medio de esa lucha se levanta en torbellino la llama; el magnífico navío se incorpora una y dos veces como un guerrero moribundo que rodeado de enemigos busca sus armas. . . . y al fin vacila y se hunde con estrépito, oyéndose un desgarrador gemido entre las olas desencadenadas.

Y es tan cierto cuanto pasa y tan magnífica la representacion, que yo, viejo; yo, gastado; yo, olvidando que estaba en el teatro, grité de espanto y me sentí inundado en sudor, de la congoja que la vista de aquel siniestro me produjo.

Es de advertir, que durante la representacion el salon del espectáculo casi queda á oscuras, el gran candil se sube y oculta en la linternilla del techo, los globos de gas casi se apagan y la iluminacion del palco escénico, que es vivísima, presenta como en relieve la representacion, y es de grande efecto.

En los entreactos se ilumina el salon, suena la orquesta, y en general, señoras y señores, abandonan sus asientos y se dirigen á los corredores exteriores, que son salones magníficos, con alfombras, espejos, sofaes y á veces mesillas en que se sirven á las damas refrescos.

Frecuentemente, despues del teatro, cuyas representacio-

nes terminan á más de las doce de la noche, mis amigos y yo pasábamos al *restaurant* llamado la *Maison Doré*, calle de Kearny núm. 117; establecimiento malamente comparado con el Delmónico de New-York.

No obstante, la *Maison Doré* es el punto en que se reúne el mundo elegante, y en que son exquisitos los manjares y esmerado el servicio.

Para emplear la noche las veces que no asistía al teatro, me instalaba en un agradable *bar-room*, situado en un jardín pequeño, pero perfectamente cultivado, que se llama el *Tivoli*.

Son dos grandes salones en figura de martillo, hundiéndose en su conjunción otro saloncito que forma altura y en que se coloca la orquesta.

Los salones de que hablo están en su totalidad cubiertos de mesillas redondas acompañadas de sillas, dejando estrechos tránsitos entre mesa y mesa.

El consumo principal en el *bar-room* es cerveza, comúnmente de muy buena calidad, siendo el valor de un vaso, cinco centavos. El expendio debe ser considerable, puesto que costea la caudalosa renta del local, más de veinte sirvientes y una orquesta que en aquella época era el atractivo de la concurrencia.

En el saloncito que ya hemos descrito y sobresale de los otros salones, estaba la orquesta. Componían esta orquesta diez ó doce jóvenes alemanas; pero de tan notable hermosura y de habilidad tan extraordinaria, que noche á noche estaba el *Tivoli* inundado de gente, complacida al extremo de asistir á los sobresalientes conciertos.

Lo más selecto de la música antigua y moderna, forma el repertorio de esa orquesta.

No se exigía pago alguno á la entrada de los salones, y se podía permanecer escuchando sin hacer ningún consumo.

Los asientos más codiciados eran los cercanos á la música.

Los *amateurs* se limitaban á depositar ramos de flores á los piés de aquellas beldades encantadoras, sin que jamás traspasasen los aplausos los límites de la más respetuosa galantería. Y las artistas eran bellas y graciosas, y casi confundidas con el público, que tampoco pisaba la línea casi imaginaria que dividía la orquesta del auditorio.

Era de ver entre el humo espeso de las pipas y de los puros, hervir cabelleras y sorbetes, y sobresalir, corriendo en todas direcciones, á los criados diligentes que hacían el servicio.

Era de admirarse la compostura y el silencio, mientras se escuchaban las sentidas melodías de Shubert y las sábias notas de Wagner, y el trágico, el estrépito y la confusión en los entreactos.

Las damas de la orquesta vestían con suma elegancia y eran modelos de señorío: ganaban su vida honradamente, y merecían el respeto universal.

Yo no sé, acaso es cuestión de sentimiento no sujeta á reglamentación; pero esas señoritas me cautivaban, y no podían merecer mi propia estimación las jugadoras de billar, las acróbatas y las parlanchinas del *amor libre*.

En la mesita á que yo asistía constantemente se sentaban un griego, un danés, un turco, un inglés, un polaco; es decir, no nos entendíamos sino una que otra palabra, y no obstante, reinaba la cordialidad, la alegría y las recíprocas

atenciones en la accidental reunion: mis compañeros mexicanos no podían explicarse aquella amalgama en que yo entraba, nacida de la espontánea simpatía: el polaco, sobre todo, era un apasionado á quien quise mucho. Nos encontrábamos en el paseo, nos tomábamos del brazo, fumábamos sendos puros y nos retirábamos siempre afables y con deseo de volvernos á reunir, sin habernos entendido palabra muchas veces.

—No se canse vd., me decía un español, aquí no hacen letra ni tienen cabida más que los hijos del país: esto de vd. es una rareza.

—Pero, hombre, ¿no ve vd. que aquí todos los hijos de Adam son hijos del país?

—Siempre es la media lengua la que se hace camino; pero españoles y americanos están por los suelos.

—En México decimos lo contrario; decimos que los hijos del país no hacemos letra y que de los extranjeros son las consideraciones y el dinero. Vd. lo ve: millares de españoles hacen su fortuna en México.

—Pues por lo mismo, amigo, la raza: estos son *money*, y no hay para ellos otro Dios.

—Eso lo que quiere decir es que nosotros somos un tanto cuanto más perezosos y más llenos de vanidad que vdes. Los españoles en México tienen monopolizados varios comercios: las tiendas de abarrotes, casi todas están en poder de españoles: en el comercio de panadería, apenas se menciona uno que otro mexicano; y las tiendas de empeño son para exclusivo lucro de vdes.

Diga vd. y acertará que nosotros aspiramos á ser los niños finos; queremos ser senadores, generales, diputados, em-

pleados, abogados, médicos ó ingenieros á lo más, pero siempre con sus conexiones con el presupuesto.

Ocupados en frustrar aquello de: "comerás con el sudor de tu rostro," dejamos el comercio exterior á los alemanes, las fondas y las modas á los franceses, á los indios el pequeño tráfico, y reservamos el trabajo á la gente ordinaria y mal vestida, porque en cuanto el artesano tiene siquiera chaqueta y más de dos camisas, piensa en el club y en ser por lo bajo *protestante*, ó *regidor*, ó cuando ménos *franc-mason*.

—Así es que en esta tierra, decía un venezolano, muy estudioso y entendido en materias sociales, la influencia extranjera es altamente benéfica. Esas oleadas de gente de todas las naciones verifican una trasfusión completa, renuevan la sangre, vivifican el cuerpo social. Urgidos por el hambre y aconsejados por la audacia, establecen competencias en todos los ramos, despiertan la emulacion, crían, se elevan, borran su origen con su posicion y se incorporan á la masa comun formando vínculos poderosos.

El residente del país, que sabe que el hombre es una riqueza, léjos de repeler al extranjero, *le abre las puertas del municipio*, es decir, le sienta á su hogar, le presenta en expectativa lisonjera, escuela para sus hijos, templo para sus creencias, hospital para que cure sus enfermedades y sepulcro en que descansen sus restos.

¿Ve vd. á los chinos? Los ve vd. objeto al parecer de la persecucion; los ve vd. repelidos y presentados como una degradacion de la especie humana? Pues ya quisiéramos que el indio de México estuviera en la posicion del chino. Por otra parte, si tienen mala posicion y no produce aquí

tanto bien, como debiera, su presencia, es precisamente porque son perseguidos.

El chino viste, calza y come á su manera, regularmente; casi todos leen y escriben, cuentan con ahorros para sus necesidades, viven en casas, asisten á espectáculos y tiene cada uno de ellos dos ó tres ejercicios para ganar su subsistencia.

La grandeza de este país consiste en que por un encadenamiento de circunstancias muy difíciles de explicar en una conversacion del momento, el trabajo repelido de los otros pueblos, cuando no estaba revestido de formas aristocráticas, la subsistencia de hecho de las clases y distinciones sociales, sostenidas por la tradicion de siglos; en una palabra, lo que se llamó la canalla, aquí se llamó pueblo, y abrió de par en par las puertas á todo el mundo, y brindó paz, respeto y consideracion al hombre por ese solo título.

Nosotros, que del punto de vista de la sangre y los fueros, el monopolio y el privilegio, asistimos á este espectáculo, nos repugna, nos avergüenza, porque nos sentimos despojados de nuestro oropel de supremacia, y el niño fino español y el caballero mexicano, valen ménos, porque son ménos útiles á la sociedad, que el carrero, el limpiabotas y el limpiador de chimeneas americano ó de la Suiza.

Bruscos dicen á los americanos. Pues qué, ¿el destripa terrones de ayer, puede tener las maneras del caballero de industria de la alta sociedad europea? Pero ese herrero, ese carpintero que se suena con las manos y enarbola su patata sobre una mesa, es más formal y más cumplido que ese trapacero vizconde y que ese general cuya esperanza de ascenso y de fortuna es que le den á mandar una brigada, ó hacer un pronunciamiento para salir de apuros.

Ese refinamiento social que con justicia nos halaga y que existe en la culta sociedad americana, no puede ser á la manera nuestra, por esa afluencia perpétua de extranjeros y porque las condiciones de igualdad hacen que se posponga cualquier otro título á los que dan el trabajo y la honradez. No nos cansemos: el hombre es sociable, la comunicacion de las ideas es una fuente de perfeccionamiento y de rápido adelanto, y las armonías universales no pueden ser ni estables ni fecundas, si no se apoyan en la libertad y si no encierran en un círculo de goces comunes, á todos los hombres.